LA INVASIÓN DE BARRADAS SEGÚN *LA ABEJA* DE NUEVA ORLEANS. LA «CRÓNICA» DE AVIRANETA

A Hector y Aida Trau,
que hicieron posible este trabajo.

Entre la infinidad de propuestas y expediciones para reconquistar las colonias en la primera mitad del siglo XIX,[1] ninguna hay tan mal documentada por parte de la historiografía española como la de Barradas, que fue posiblemente la más absurda de todas.[2] Con menos de 4.000 hombres, sin caballos, sin

---

[1] Mi más profundo agradecimiento a Hector y Aida Trau, cuya generosidad hizo posible que pasara un mes en Nueva Orleans. Sus infinitas atenciones y ayuda facilitaron enormemente mi labor. La investigación fue realizada gracias a una beca que me otorgó «Recovering the U. S. Hispanic Literary Heritage Project», de la Universidad de Houston. Quedo muy agradecido a los organizadores de este proyecto por darme la oportunidad de completar un trabajo que —comenzado hace muchos años— no había podido concluir por falta de recursos. Pocas veces encuentra el investigador la eficacia y cooperación que me ha dispensado constantemente Elsie Herdman-Dodge, coordinadora del programa. A la Public Library of Nueva Orleans, a sus funcionarios y a la biblioteca de la Universidad de Tulane mis más sinceras gracias por su ayuda y un servicio bien prestado. Mi colega y amigo Salvador García Castañeda tuvo la amabilidad de leer el manuscrito y ofrecerme valiosas sugerencias.

[2] Se ha tratado el tema en dos libros de reciente publicación (en el de Daniel Rivadulla, Jesús Raúl Navarro y María Teresa Berruezo, *El exilio español en América en el siglo XIX*, y en el de Pedro Ortíz Armengol, *Avi-*

cañones, sin medicinas y sin médicos, dicho general y su secretario Aviraneta intentaron en el verano de 1829 recobrar para la corona de Fernando VII la antigua colonia de Nueva España, un territorio de extensión equivalente a varias veces la de la propia Península. Fue sólo uno de los muchos proyectos para la reconquista de Méjico (como documenta el capítulo XI del libro de Delgado) que pasó temerariamente de la teoría a la práctica. Parece que el inquieto clérigo Miñano ideó también un plan el mismo año de 1829, pues, según el número 6 del diario mejicano *El Sol,* del 6 de julio de dicho año, en nota que dice tomar del parisino *Journal du Commerce* del 26 de abril, Sebastián de Miñano y Bedoya había formado una sociedad con capitalistas europeos para reunir un préstamo de treinta millones de francos, con el fin de organizar una expedición de reconquista que hipotecaba el interés y el capital contra las rentas que después produjeran las colonias. En cuanto a Barradas, salió de Cuba con sus tropas en julio de 1829 y desembarcó en las costa mejicana de Tampico. Permaneció allí unas semanas, hasta que tuvo que aceptar la más vergonzosa derrota y rendirse. Uno no sabe si interpretar esta aventura como fruto de una intriga de frailes ambiciosos y comerciantes españoles expulsados de Méjico, como una fanfarronada de desesperación, o como el efecto de una ignorancia y candidez dignas de lástima. Para emprender tan descabellada invasión como si se tratara de unas simples maniobras militares, había que ignorar no sólo la extensión y capacidad militar de la nueva república de Méjico, sino todas las ideas y credos políticos del siglo XIX, carecer de un mínimo de experiencia comercial y diplomática (con relación a los Estados Unidos, Inglaterra y las otras potencias) y, más que nada, ignorar las facultades propias. Alguien comparó a Barradas con Don Quijote y, bien mirado, el remate que dieron a tan singular batalla las partes contendientes tiene más de irreal que de cier-

---

raneta o la intriga), pero ambos siguen lo que dice Aviraneta en *Mis memorias íntimas.* Ninguno menciona los datos del conspirador, que incluyo aquí. La obra de Edmundo A. Heredia (387-389) incluye una lista de expediciones desde 1810 a 1818, con mapas, número de barcos y número de hombres. Para Méjico, es imprescindible consultar la obra de Jaime Delgado.

to. Pero no es mi intención estudiar uno de los últimos disparates del mundo colonial, sólo pretendo aportar nuevos datos.

El «Estracto de una carta recibida por la goleta *Josefa*», publicado en *La Abeja* de Nueva Orleans el 1.º de octubre de 1829,[3] expresa mejor que nada lo desacertado de tan calamitosa aventura. Está fechada en Campeche el 9 de septiembre de 1829. El autor comienza por reconocer que Méjico se hallaba en medio de una gran miseria y próxima a una anarquía total, pero agrega: «Crea V. que yo reputo por un gran bien para nosotros la ridícula intentona de Fernando, pues me persuado que producirá la unión de todos los ciudadanos y el aniquilamiento de los partidos que poco ha faltado para que nos arruinen enteramente. También espero que desengañado aquel tirano de su importancia para volver a reducir estos países a su odiosísima dominación, reconocerá la Independencia». Esperar que Fernando VII —a quien le importaban poco las vidas de unos miles de ciudadanos— iba a hacer lo que dice el comunicante en la segunda parte de su carta, era mucho esperar y no sucedería; pero es increíble que nadie de los que tramaron aquel desaguisado pensara por un momento que la reacción lógica a la invasión sería la que el autor expone en la primera parte.

Fernando VII y sus consejeros debían leer muy poco, y esto sólo con fines censorios. Una ojeada a la prensa extranjera les hubiera convencido de la imagen que su monarca tenía fuera de España. Hacer una campaña política basada en presentar a Fernando como padre amantísimo —así decían los manifiestos que reclamaban los derechos a las colonias— tenía que ser un

[3] *La Abeja*, *L'Abeille* y *The Bee* son en realidad el mismo periódico, que imprimía columnas en español, francés e inglés. Cada grupo de columnas estaba encabezado por el título en el idioma correspondiente. Lo editaba François Delaup, un nativo de Santo Domingo que vivió en Cuba y vino a Louisiana en 1809. Había editado *El Telégrafo* en 1825. Cuando en 1829 la población de habla castellana aumentó en Nueva Orleans por las guerras de las colonias y porque los españoles fueron expulsados de Méjico, François Delaup anunció en *L'Abeille* del 29 de agosto que comenzaría a editar en castellano, y el 1.º de septiembre apareció una columna bajo el título de *La Abeja*. Dejó de publicarse en septiembre de 1830. Uso el título en los tres idiomas para facilitar la localización de las citas.

fracaso total. Es inconcebible que alguien pensara que el mundo iba a aceptar como actos de amor paternal las decisiones de un monarca que había mandado a miles de sus súbditos a la horca y al exilio. Mucho más difícil era convencer de tanto amor a unos ciudadanos que vivían separados de tal amantísimo padre por un océano, y en cuyo territorio vivían muchos de los exiliados. Algo de eso expresa el autor de otra «Carta dirigida al Capitán General de la Isla de Cuba, Sr. General Dn. Francisco Dionisio Vives», tomada de *El Censor* y publicada también en *La Abeja* del 1.º de octubre de 1829.[4] Dice «Un mejicano que conoce personalmente a V.E.» que había esperado que Vives terminaría la guerra entre Méjico y España, hasta que vio la proclama que mandaba por Barradas, y agrega:

> Nunca creí que un hombre de las luces instrucciones y talento de V.E. autorizara con su firma un documento digno del siglo 12.º. El es contrario a la sana política; lo es a la causa que se pretende defender; y si no ha sido por obedecer una real orden tronante [?] que V.E. nos le ha dirigido, es menester pensar o que V.E. ha variado enteramente de principios, o que por esta vez no

[4] Esta carta pudiera muy bien ser de Ramón Ceruti o, más probable, de Feliciano Montenegro, quien había sido en Cuba secretario del gobernador Vives (Delgado, I, 351-356). En un «comunicado» que publicó Montenegro en *L'Abeille* del 18 de agosto de 1829, dice que sirvió en Cuba a dos gobiernos y dos intendencias, y, hasta finales de 1826, desempeñó «a su arbitrio el bufete privado del general Vives, haciendo a la vez cabeza de un depósito de 300 jefes y oficiales, y teniendo intervención activa en los negocios más árduos y reservados de aquel gobierno». Debía ser remitido a España por orden del 4 de octubre de 1826, sin ninguna razón, dice. Cuando hacía las diligencias para cobrar 7.000 pesos que le debía el gobierno, se vio precisado a evadirse en un buque americano «por el engaño con que se trató de embarcarle en la corbeta de guerra *Aretuza*». Después, las autoridades se negaron a pagarle la deuda. Promete publicar su biografía en breve, exponiendo su conducta en España, Caracas, Cuba y Alvarado, con informes «sobre ciertos agentes secretos del gobierno de La Habana y algún otro colaborador». Dice que sirvió 34 años «en el ejército y nación española». Una nota en *La Abeja* del 8 de julio de 1830 dice que fue Montenegro quien dividió la isla en departamentos según un plan de defensa que le encomendó el general Vives. Dicho plan fue aprobado y puesto en ejecución en 1825.

ha obrado con el pulso que siempre le advertí. Amonestar a los mejicanos para que se sometan a un Fernando VII, cuyo reinado es un tejido de horrores los más negros; prometer que ninguno de nosotros sufrirá por sus opiniones políticas, cuando la experiencia tiene demostrado lo bien que se cumplen esas promesas; y añadir la absurda oferta de que todo el mundo aquí conservará sus empleos y cargos: ¿No es esto, Sr. general, proceder de un modo poco digno de un militar del rango y circunstancias de V. E.? ¿No es hacer ver que el gobierno español, siempre fatuo y siempre firme en su manía de que nos ha de volver a dominar, ha oido a los que lanzados de este suelo han ido a asegurarle que una bandera, un cabo y cuatro hombres bastan para reconquistarnos? Que allá en Madrid se halla (sic) dado crédito a visionarios, que aunque han estado en el país no conocen a sus hijos, nada tiene de extraño para mí; pero que V. E., V. E. que es uno de los españoles más ilustrados, haya caído en lazo tan grosero es ciertamente imperdonable.

Ya sabrá V.E. lo sucedido en las costas de Tampico, y de ello deducirá que los *pacificadores* que nos han destacado regresarán (si pueden) a Cuba. Las primeras escaramuzas parece que no nos fueron enteramente favorables, porque atacamos una masa con algunos centenares de hombres, mas ellas han probado que los mejicanos quieren defenderse y que no temen a sus enemigos.

En breve palparán V. E. y su gobierno lo muy decididos que estamos a no volver a tener *la honra* de pertenecer a una nación que aguanta pasiva el degradante yugo de su tirano monarca. V. E. se confundirá al recibir pruebas evidentísimas de que nuestra desunión, ni aun su mayor grado de efervescencia propendió jamás a favor de la España. Nuestras disensiones nunca presentaron tal aspecto a los ojos del observador juicioso e imparcial; y sólo los fatuos o los muy alucinados pudieron creerlo.

Sea cual fuere la suerte que los combates nos reserven, puede V. E. estar cierto de que los *pacificadores* no dominarán más terreno que el que pisen, y que nunca, nunca reinarán en el corazón de los mejicanos. Resueltos a ser libres e independientes por toda potencia, no hay sacrificio que no estemos dispuestos a hacer en sostenimiento de bienes tan inestimables.

Tiempo vendrá en que V. E. mismo se vea precisado a conocer que pretender *reconquistarnos* es una obcecación que costará a la Iberia los cortos restos de población útil que la quedan. No me parece muy lejana la época de este *convencimiento*. ¡Llegue en buena hora! y que a él siga el único acto que pueda reconciliarnos con la España; *el reconocimiento absoluto y sincero*

de la soberanía e independencia de los Estados Unidos mejicanos. De lo contrario cuente V. E. como sobre un dato positivo, conque nuestra lucha será eterna!!!

Un mejicano que conoce personalmente a V.E.

En los Estados Unidos del Norte, una expedición de España contra Méjico había sido tema casi diario en los periódicos americanos, principalmente después de la caída del régimen constitucional de 1823. La prensa, benigna con la España del Trienio, adoptó una postura de rechazo después de la libertad de Fernando VII, en parte para hacer frente común contra lo que se pensaba sería un nuevo ataque imperialista de Europa contra las jóvenes repúblicas americanas. Convencidos como es lógico de la incapacidad política y militar de la España fernandina, los políticos estadounidenses insisten una y otra vez que si se emprende una reconquista de las colonias, sólo España deberá intentarla. La intervención de otras potencias sería considerada como un amenaza al territorio de los Estados Unidos. Bajo este ambiente, las noticias son constantes sobre la preparaciones para una posible invasión de Méjico. En Filadelfia, *The National Gazette and Literary Register,* del 14 de octubre de 1825, dice que las fragatas *Perla* y *Jason* habían salido de Cádiz para El Ferrol el uno de agosto, con ocho transportes, para recoger las tropas y gran cantidad de mercancía con destino a Cuba. El 1 de diciembre de 1825, recoje noticias de los periódicos británicos sobre que la expedición no había podido salir el 30 de septiembre. Sin embargo, noticias recibidas en Nueva York desde Cádiz confirmaban, decía el periódico americano, que la escuadra había salido de la Coruña el 26 de dicho mes y estaba compuesta de los barcos *Lealtad, Iberia, Jason*, una corbeta de guerra y diez transportes con 3.000 soldados —un millar desembarcaría en Puerto Rico y el resto en Cuba. Además, estaban en Cádiz, listos para zarpar, el *Guerrero* y una fragata, y reparaban el *San Pablo*. Estas noticias son numerosas durante los años que siguen. Ya en 1829, una carta fechada en La Habana el 2 de abril, que publicó en Nueva Orleans *L'Abeille* del 14, escrita sin duda por un fanático realista, decía que habían salido de Cádiz 16 batallones, de 1.600 hombres cada uno, que se reunirían en Cuba con el resto de la expedición que estaría compuesta de un

total de 25.200 soldados. El mismo periódico publica el 2 de mayo otra carta —fechada también en Madrid el 2 de febrero—, que dice se pensaba mandar una fuerza de 7.000 soldados a Cuba para formar un ejército de 14.000 hombres con destino a Nueva España. El 25 de julio, incluye un artículo tomado de otro diario de Nueva York y da la cifra de 20.000 hombres. El 29 de agosto, *The Bee* informa que vendrá a Méjico el infante D. Francisco de Paula con el general Quesada; Barradas tomará posesión de la provincia de Yucatán y esperará allí su llegada.

La prensa americana conocía también a Barradas, de quien había dado ya informes *The National Gazette and Literary Register* varios años antes de la pretendida invasión. El 11 de marzo de 1824, incluyó el periódico de Filadelfia la noticia, fechada en Madrid el 2 de febrero, de que Barradas se encontraba en Cádiz de regreso de Cuba, adonde había ido para restaurar a Fernando VII como rey absoluto. El general mandó desde Cádiz un informe contando los éxitos de su misión. Había llegado a Cuba el 9 de diciembre de 1823, entregó sus despachos al Capitán General, disolvió la junta revolucionaria y, al día siguiente, rompió la lápida de la Constitución y se cantó un *Te Deum*.

El día 18 de agosto de 1829, aparece en *L'Abeille* la primera noticia de la invasión: «Nous venons de recevoir officiellement la nouvelle de la descente des Espagnols au Cabo Rojo. Cette nouvelle est positive». El día 25, *The Bee* publica en inglés unos datos sobre la invasión. Los españoles, después de desembarcar en Cabo Rojo, marcharon contra Tampico; encontraron a unos mejicanos, que habían puesto cuatro cañones en una colina, y tomaron el lugar a punta de bayoneta; tras sufrir un número desconocido de bajas, los mejicanos escaparon abandonando las armas. Los españoles, que habían perdido unos cincuenta hombres, tomaron Pueblo Viejo el día 3 y Tampico de las Tamaulipas el 7. *The Bee* publicaba también un decreto de «Dn. Isidoro Barradas y Valdéz Bazán, Knight of the Royal and military order of San Fernando & c. Infantry Brigadier, Commanding the division of the advanced guard of the Royal Army», declarando a Tampico puerto libre para los productos alimenticios, cuya lista se daba. El día 29, *L'Abeille* publica en español un aviso con la noticia de haber llegado a Nueva Or-

leans, en la goleta *Galga*, el coronel español Manuel García Muñiz. Traía las órdenes para que se incorporaran a la división de Barradas las tropas acampadas en el Torno de los Ingleses.

El 1.º de septiembre, *La Abeja* da los primeros informes de la reacción de Méjico e incluye una proclama, que había hecho el presidente D. Vicente Guerrero el 20 de julio de 1829, para informar al pueblo de las medidas tomadas y pedir la unión de los estados contra el invasor. Como el comunicante de la carta a Vives, Guerrero afirma que «Los vasallos injustos del déspota español» habían comenzado una «empresa desesperada y tan distante de una política ilustrada». En una arenga patriótica, llamando a la lucha unida, Guerrero exponía a los mejicanos la enorme diferencia que había entre opresión, cadenas, servidumbre y despotismo, por un lado, y libertad por otro. Concluía que «una muerte gloriosa es el único medio entre extremos tan opuestos».

La Abeja del 5 de septiembre anunciaba otro posible desembarco en Acapulco y un proyecto de decreto: todos los españoles aprendidos con las armas en la mano «serán irremisiblemente fusilados en el mismo punto de su aprensión, sin darles más tiempo que el muy preciso para proporcionarles los auxilios espirituales, si se pudiere». El mismo día, *The Bee* comunicaba que las tropas mejicanas acudían a lo largo de la costa para oponerse a la invasión. El transporte de soldados lo hacían los bergantines americanos *Splendid* (al mando del capitán White), *William* (al mando del capitán Stughes) y *Ursula* (al mando del capitán Mayo). Santa Anna dirigía las tropas a bordo de una fragata mejicana. El periódico decía también que el senado de Méjico, por 23 votos contra 19, había rechazado una propuesta para expulsar al plenipotenciario americano Poinsett.

El 17, *L'Abeille* anuncia que un ejército de 4.000 hombres ha embarcado en Cádiz para Méjico, y dedica tres de sus cinco columnas a un largo artículo firmado por «Le Philantrope. J. L. Voidet de Beaufort». Fechado en Nueva Orleans el 16 de septiembre, el artículo está dirigido al redactor del periódico. El autor hace un análisis de la situación en España y en Europa, para deducir que las guerras de independencia de las colonias españolas son un conflicto entre dos continentes y dos sistemas políticos. La vie-

ja Europa lucha contra la joven América. Francia e Inglaterra se unirán a España para reconquistar todo el Nuevo Mundo y repartirse después los tronos entre los hijos de sus reyes. Los Estados Unidos deben tomar parte directa en esta lucha de independencia y, recomendaba el articulista, era necesario cerrar todos los puertos del continente americano al comercio europeo. Este artículo muestra la parte importatísima que tenía en las luchas de independencia el odio al sistema monárquico, tan grande, si cabe, como el deseo mismo de emanciparse. Este odio era mayor en aquellos que habían escapado del terror absolutista, exiliados en general, con independencia del lugar de nacimiento. El sistema monárquico estaba totalmente desacreditado y, para regenerarlo, los reyes sólo sabían reclamar lo que ellos llamaban sus sagrados derechos. La imagen de los monarcas europeos no era la de hombres de gobierno preocupados de sus súbditos, sino la de vulgares terratenientes que, durante siglos y a costa de los pueblos, se habían enriquecido con herencias injustas. *The Bee* del 17 de septiembre de 1829, dio noticia de los actos celebrados en París el 4 de julio para conmemorar el 53 aniversario de la independencia de los Estados Unidos. Acudieron unos ochenta ciudadanos americanos. El presidente de Harvard, Dr. Kirkland, dirigió los actos y Lafayette fue uno de los participantes. Hubo brindis al 4 de julio («The birth day of an empire founded on the natural rights of man»), a la memoria de Washington, a la Unión, al presidente americano, al rey de Francia, a los héroes de la Revolución, al ejército y marina de los Estados Unidos, a sus instituciones civiles y religiosas («barriers against despotism and superstition»), a la Francia hospitalaria y liberal, a las repúblicas de Suramerica, a Carroll y a «the American fair sex». Entre las agudezas que acompañaron a los brindis, la siguiente, que pronunció un tal Mr. Fisher, fue de las más celebradas: «The Holy Alliance of the fourteen millions of legitimate sovereigns of America». Este día, *La Abeja* daba nuevas noticias sobre la expedición de 5.000 hombres que había salido de Cádiz con destino a Méjico y publicaba la siguiente «Canción», firmada por «J. F. R»:

Desde Cuba la nueve (sic) se alista
Que el tirano de España nos lanza,

Respirando la rabia y venganza
Anhelando la nueva conquista.

¿Cuba fértil de Mégico hermana
Aun esclava llorando en cadenas?
¡Cuando hermosa cesarán tus penas
Y te aclamen libre americana!

Guerra a muerte a viles tiranos
Del valiente la espada ya vibre;
Basta a miles de esclavos un libre:
Basta unión y valor, Mejicanos.

De la patria en peligro el clamor
Enardece a sus hijos queridos;
Todos van a las armas unidos,
Todos vuelan brindando valor.

Ya de Marte la belica trompa
Hiende el aire de inquieto sonido;
Ya del parche y bronce el bramido
Nuestra alarma celebra con pompa.

Tiernas madres, las dulces esposas,
Las hermanas y amigas del alma,
Al tornar de la lid con la palma
Cubrirán nuestras sienes de rosas.

L'Abeille del 26 de septiembre de 1829 publicó un parte de guerra, que firmaba Santa Anna, y las declaraciones de los desertores españoles Francisco Abadía, Antonio Puig, Timoteo Hierro, José Gallardo, José Sánchez y Hermenegildo Peral. Según el periódico, Abadía, cabo primero del Regimiento de Infantería Ligera de la Coruña, había dicho que los invasores no habían desembarcado ningún cañón, cada soldado disponía de doce paquetes de cartuchos, había una compañía de caballería, compuesta de 60 hombres sin caballos, y otra similar de artillería; que el día del desembarco dos o tres personas llegaron a la costa e hicieron señas; Barradas se acercó en una chalupa cañonera, hablaron y, después, las personas se fueron enseguida. Al preguntarle por qué había desertado, Abadía dijo que prometió públicamente en Cuba no disparar un solo tiro contra los mejicanos, por lo que había recibido 20 horas de prisión y 114

palos, lo que le decidió a pasarse al enemigo. Esta declaración la hizo ante el coronel José Antonio Mejía, quien, en unos meses, sería agente secreto de España en Nueva York.[5]

La Abeja del 26 de septiembre anuncia otro posible desembarco,[6] esta vez en Goazacoalco, y la del 29 copia «El Boletín Oficial, n.º 1» de la «División de operaciones de la cuarta sección de Veracruz», con el parte de guerra donde Mariano Palacios daba su versión de los hechos. Los invasores habían llegado el 31 de julio, a las cuatro de la tarde, al Paso de la Aguada y tuvieron una escaramuza con una guerrilla que les forzó a hacer alto. El primero de agosto, continuaron su avance hasta Tampico, donde les tendió una emboscada un grupo de quinientos mejicanos provistos de un cañón ligero. Hubo una lucha de hora y media y los mejicanos se retiraron. En la refriega había muerto el general Barradas, según el prisionero de quien tomaron estos datos. Los mejicanos perdieron de 20 a 25 hombres entre muertos y heridos, tres oficiales y la pieza de artillería. Los españoles permanecieron a la entrada de Tampico, retiraron sus heridos y echaron los muertos al agua. Incluía también este número de *La Abeja* la declaración del prisionero español José Yáñez. Los invasores, había dicho el interrogado, salieron de Cuba el 5 de julio, en una escuadra compuesta del navío *Soberano*, las fragatas *Restauración* y *Lealtad*, los bergantines *Cautivo* y *Guerrero*, el bergantín goleta *Amalia* y cinco bergantines, dos goletas y tres fragatas de transporte al mando del general Laborde. La tropa la componían 3.500 infantes de los batallones Rey Fernando, Reina Amalia y Real de Borbón, 300 dragones, 200 artilleros y dos compañías de guías al mando del general Barradas. El prisionero dijo también que el 5 de junio tenía que haber salido de España, con destino a Veracruz, un ejército de 10.000 hombres, que la mayoría de los guías

[5] Para las actividades de José A. Mejía a favor de España, véase el vol. I de la obra de Delgado.

[6] *L'Abeille* de este mismo día publica un artículo sobre la historia de Texas y las consecuencias a que puede conducir la situación del momento. Lo firma «J. L. Voidet de Beaufort», el mismo que pedía el 17 de septiembre que se cerraran todos los puertos de América al comercio europeo, quien usa ahora el seudónimo de «L'imparcial».

que acompañaban a los invasores eran españoles expulsos y seis frailes.

La Abeja del 1.º de octubre, ya citada, se refería también a la participación de los comerciantes peninsulares en los planes de invasión, en una noticia que tomaba de un diario de París, según la cual la suma de 36 millones ofrecida al gobierno de España «para ayudarlo a reconquistar el Mégico, debe ser realizada bajo la forma de préstamo por los españoles expulsados de esta república».

Al fin, la realidad se impuso. *La Abeja* del 3 de octubre dio la noticia de la rendición de Barradas, conforme a lo manifestado por un viajero que llegó a Nueva Orleans a bordo de la goleta *Galga*.[7] Los invasores habían capitulado el 12 de septiembre con la condición, decía ahora el periódico, de conservar sus armas y banderas; serían transportados a Cuba, y los heridos, en número de 1.500, permanecerían en los hospitales hasta su recuperación. El día 6, *L'Abeille* anuncia nueva expedición de 2.500 hombres al mando de Laborde —noticia que incluyen también *La Abeja* y *The Bee*— y, al tratar de la capitulación de Barradas con Santa Anna, dice que «cette capitulation nous parait incroyable». En efecto, *La Abeja* del día 8 publica los diez artículos de la capitulación, más dos adicionales, que eran muy diferentes a lo anunciado el día 3. Los invasores entregarían banderas, armas y otros pertrechos de guerra en Altamira, serían responsables de todos los gastos ocasionados por transporte, alojamiento, manutención y hospitales hasta ser embarcados para Cuba. Los mejicanos se comprometían a garantizar las vidas de los invasores y éstos, por un artículo adicional, a no volver a tomar las armas contra Méjico.

---

[7] Como si fuera una premonición de lo que sucedería unos años más tarde, a continuación de la noticia con la rendición de Barradas, *La Abeja* publica también un artículo (concluye en el número del día 6) que titula: «La declaración de guerra con los Estados Unidos. POINSETT». Está tomado del periódico mejicano *El Sol* y, a juzgar por la defensa que hace de Poinsett (su expulsión, dice, llevaría a la guerra con el país vecino), su insistencia en la separación entre el cuerpo legislativo y el ejecutivo, su ataque a los europeos y monárquicos —temas favoritos en sus escritos— hacen pensar si el autor no sería Ramón Ceruti.

Las condiciones eran elementales en aquellas circunstancias. Es difícil explicar por qué Santa Anna, teniendo todas las de ganar, no exigió la condición adicional del mismo Fernando VII y un tratado que reconociera, por lo menos, la independencia y los derechos soberanos de Méjico. Posiblemente Santa Anna sospechó, con mucha razón, que la respuesta de Fernando VII sería que podían fusilar a todos los fracasados invasores antes de que lo hiciera él. Más incomprensible resulta que, a los pocos días, se dejara marchar a Barradas. Por su parte, el general español demostraba así su falta de ética militar al dejar a sus tropas a merced de quienes había intentado invadir, mientras él se embarcaba por el Golfo de México hacia la tranquilidad de Nueva Orleans. Además, el artículo 5.º de las capitulaciones estipulaba precisamente que podía mandar a dos oficiales a Cuba para obtener barcos que retornaran las tropas a la isla. Ese artículo no tiene sentido si iba a ser el mismo Barradas quien se encargara de esa misión.

Las capitulaciones se firmaron el día 11 de septiembre de 1829 en el cuartel general del Pueblo Viejo de Tampico, según dice *La Abeja* del 8 de octubre. *The Bee* del mismo día añade que Barradas había llegado ya a Nueva Orleans el día 7 de octubre, a las dos de la tarde, en la goleta *Oscar*, que había zarpado de Veracruz el 22. Barradas salió de Tampico a bordo de la goleta *Francisca*, pero encontraron en el golfo a la *Oscar* y tomó pasaje en ella. Acompañaban al general las siguientes personas: Eugenio Aviraneta, José Álvaro, Ildefonso Gutiérrez, Federico Álvarez Simidel, José María Gallejas (sic), Salvador Abril, Juan Cortés (sacerdote) y su asistente Pedro Medina.

En efecto, todos los nombres mencionados —y dos americanos— figuran entre los diez que contiene la «List of all passengers taken on board the *Sch. Oscar* where of P. Byrne his Master, at the Port of Vera Cruz and bound for New-Orleans», entregada al colector del «District of Mississippi, Port of New Orleans», el 7 de octubre de 1829:

I. Barradas, 42 años.
E. Aviraneta, 35 años.
J. Álvaro, 40 años.
I. Gutiérrez, 41 años.

F. A. Simidel, 31 años.
J. M. Callejas, 18 años.
S. Abril, 16 años.
J. Cortés, 42 años.
P. Medina, 38 años.

Todos declaran ser militares españoles con destino a La Habana.

Resulta que Barradas abandonó a sus tropas a los cinco o diez días del fracaso. Anunció su salida para Nueva Orleans en una carta fechada el 18 de septiembre, como veremos más adelante.

La Abeja del 10 de octubre publica el extracto de una carta de Tampico con la noticia de haber apresado tres buques con víveres para los invasores. Todos los expulsos hallados en ellos serían fusilados. El gobernador de Zacatecas decretaba la incautación de los bienes de los españoles. Por su parte, *The Bee* daba en inglés los artículos de las capitulaciones y, en el resumen que hacía de la campaña, indicaba que Tamariz, ayuda de campo de Santa Anna, había muerto en la batalla por Tampico; los españoles tenían 1.200 enfermos y 400 heridos. Incluía también las notas del diario de navegación del capitán de la goleta *Monk*, desde el 5 al 10 de septiembre de 1829, en la costa de Tampico. El día 5, las goletas *Correo*, *Mexican* y *Marguerite* (francesa) transportaron a los comerciantes de Tampico hacia Panuco. A los que quedaron, dice, los españoles los trataron muy mal, y robaron 17.000 dólares del cónsul inglés. También maltrataron a los cónsules de Francia y de los Estados Unidos, hasta el punto de poner en peligro sus vidas si no hubiera aparecido una fragata americana, la *Hornet*. Sin embargo, en las anotaciones del diario del día 4, publicadas en *The Bee* del 25 de agosto, dice que el capitán del *Monk*, Nartigue, «was taken on board with all his papers to be examined by the commodore, and was politely received». El resto del diario hasta el día 10 relataba las peripecias del *Monk* para sobrevivir en medio del temporal, que había comenzado con un viento ligero y terminó en un tremendo huracán que casi sumergió la nave.

El 26 de octubre, «Un español» hace saber en *La Abeja* que «se suplica al Sr. Brigadier D. Isidro Barradas diga cuál es la

causa de su arribada a ésta y no a La Habana». Anuncio que repite otra vez en el mismo periódico el 27 de octubre (fechado erróneamente como del 26).

La Abeja del 26 incluye también, entre otras noticias importantes de que trataré enseguida, la siguiente «Poesía» o «Canto épico a la grandiosa tentativa del Brigadier Barradas», que firma «Ll. y Co.»:

> Canto las glorias del Barón famoso
> Que, *del bando Apostólico impulsado,*
> Segundo Hernán Cortez, mas valeroso ...
> Pero no: lo demás no es para cantado.

Según dice *La Abeja* del 27 (26), una carta recibida desde Tampico y fechada el 10 de octubre, daba cuenta de la llegada a dicha ciudad, en la fragata *Casilda*, del resto de la expedición española. Pero, como se había estipulado, les mostraron el acuerdo, «reconocieron las Capitulaciones y, con las orejas gachas, se marcharon a La Habana».

Como decía, *La Abeja* del 26 de octubre contiene otros datos importantes para la acción que va a tomar Aviraneta. Entre ellos, una larga carta, fechada en Tampico el 8 de octubre, que relata el comportamiento de los dos bandos, ensalza a los mejicanos y denigra a los españoles. Aquellos, dice, trataron a los invasores con preferencia a los vencedores y concedían a los expulsos el perdón y la libertad. Pero los españoles, mientras ocuparon el pueblo, «la arrogancia de sus jefes y su arbitrariedad» habían incomodado a todo el mundo; recibían las representaciones «con la altanería la más chocante» y con «malos tratos». Según el autor de la carta, «sin que se pueda decir que se han entregado al pillage, lo cierto es que cuanto les convenía se lo apropiaban; toda la ropa de uso, los cubiertos y alhajas han desaparecido y se vendían públicamente ... los muebles, los más preciosos, los destrozaban, y sobre todo olfateaban con un tino particular el dinero enterrado; díganlo, entre otras, las casas de Quintana y Lastra». Los invasores abandonaban los cadáveres de sus muertos y, en lugar de enterrarlos, los echaban al río «en cuyas orillas y encenadas se corrompían y deshacían con una fetidez tan insoportable y presentaba el espectáculo más horro-

roso». En suma, estos segundos conquistadores habían manifestado las mismas características que los primeros caudillos de Hernán Cortés y sólo se afanaban «por destrucción, dominio y dinero». El mismo Barradas, dice, había decretado ya varios impuestos.

El comunicante no explica cómo era posible vender publicamente las alhajas en un pueblecito en zona de guerra, que había sido abandonado por todos aquellos ciudadanos que tenían recursos económicos. Tampoco menciona el huracán que arrastró cientos de cádaveres sin necesidad de que nadie los arrojara al río. Pero esto es comprensible porque —dadas las circunstancias— se trata de crear el odio contra el invasor, como es normal en estos casos.

La Abeja del 28 de octubre dice que Barradas mandará al día siguiente cuatro barcos para llevar las tropas a La Habana. Una nueva carta, fechada en Tamaulipas el 10 de octubre, informa que sólo sobrevivían unos cientos de soldados españoles, los demás habían sido víctimas de la fiebre amarilla. Incluye también este «SEGUNDO CANTO épico o pico (yo no sé), a la famosa empresa del brigadier Barradas», que firma «Un Español»:

Más valiente que Cortez será
Y en acción puede tal vez acreditarlo,
Pero no, ...no.... no martirizarlo
¡Balgate Dios que dirá!

Este día, publica *The Bee* el informe sobre los daños ocasionados a varios barcos que se hallaban en la zona de Tampico cuando los sorprendió el huracán. No había noticias de la fragata *Hornet*, que llevaba una considerable suma de dinero, aunque se pensaba que había ido a Pensacola. La *Carolina* se había hundido cerca de Panuco, a unas cuarenta millas de Tampico, durante el temporal del día 10 de septiembre, con un cargamento valorado en 200.000 dólares y los libros de varias casas mercantiles. El *Correo*, que se hallaba cerca de donde se hundió la *Carolina*, sólo había sufrido pequeños desperfectos. Ya antes, el 15 de septiembre, *The Bee* se había ocupado también con más

detalle de los grandes daños que había causado el huracán en tierra firme.

Las cartas publicadas por *La Abeja* figuran unas como fechadas en el mismo Tampico y otras en Tamaulipas. Hacen referencia a los destrozos de los españoles y a los cadáveres flotando en el río, pero ninguna menciona el huracán que azotó la costa durante esos días y que hemos visto constaba en el diario del capitán del *Monk*. Esto motivará la respuesta de Aviraneta, como veremos enseguida.

El 6 de noviembre de 1829, *La Abeja* publica las siguientes «octavas» dedicadas a «El apuro de Marte», que firma alguien que parece llamarse «Evoles»:

¿Quién es ese atrevido que mi lanza
Tan temerariamente arrebatando
Al campo de batalla se abalanza,
Esclavitud o muerte proclamando?
¿Qué salvación les queda ni esperanza
A los que *Libertad* andan buscando?
Así esclamaba Marte con enojo
Al ver vibrar su lanza en *Cabo* ...

Dícele Venus, ¿creerás posible
En la ignorancia producir portento?
¿A que puede valer arma temible
En las manos de un hombre sin talento?
Por Plutón juro que será risible
La consecuencia de su necio intento:
Riete, Marte, rie a carcajadas,
Que quien llevó la lanza fue B .....

No bien la Diosa pronunciado había
Del *héroe* el nombre, cuando Marte airado
Como Leon, colérico rugía,
Temiendo ver su acero deslustrado.
¡Oh que baldón el mío, repetía,
Mi lanza en tales manos haber dado!
¡Enristrada mi lanza por un Zote
Que pretende imitara a D. Quijote!

No al dolor te abandones de ese modo,
Replicole la Diosa placentera,
A gloria tuya lo tendremos todo

En la tragi-comedia guerrillera.
Quedará castigado el torpe godo,
La libertad en su brillante esfera,
Y tus armas irán a buenas manos,
Por que las tomarán los Megicanos.

Así sea, repuso el Dios guerrero,
Y así sea también siguió diciendo
Que el feroz opresor del pueblo Ibero, †
Que va crimen a crimen añadiendo,
No encuentre ya segundo Aventurero
Que los falsos principios defendiendo;
Sin gloria, sin honor y sin provecho,
Repita el desatino que éste ha hecho.
Evoles.
† El Sr. D. Fernando 7.°

Era el momento de celebrar el triunfo, de honrar al vencedor Santa Anna y de burlarse del vencido Barradas con versos como los de esta décima, publicada en *La Abeja* del 13 de noviembre de 1829:

Con B comienzan Baboso,
Balbuciente, Barragán,
Bestia, Bárbaro, Bausán,
Baladí, Betudimoso (sic):
Bigardón, Bruto, Baboso,
Borracho, Bestia, Bribón,
Basilisco, Bozalón,
Bucéfalo, Barrabás,
Botarate y además
Buceador Bobalicón.

Queda dicho que *La Abeja* del 26 de octubre de 1829 publicó una carta, fechada en Tampico el 8, relatando las atrocidades de los españoles con los ciudadanos, con la propiedad privada e incluso con los cadáveres de sus tropas. Barradas y Aviraneta se encontraban en Nueva Orleans y el secretario contestó inmediatamente. Sin embargo, aunque su respuesta está fechada en Nueva Orleans el 27 de octubre de 1829 (al día siguiente de publicarse la carta en *La Abeja*), no se publicó hasta

el 16 de noviembre, como un alcance al número 44, a tres columnas y en los tres idiomas que imprimía el periódico. Es un documento de singular importancia para que lo comparen los historiadores con los datos que, sobre los mismo sucesos, dio Aviraneta años más tarde en *Mis memorias íntimas*. También, porque incluye las cartas de José T. Crawford, vicecónsul británico, de M. M. Chabert, agente consular de Francia, y de G. Pruger, vicecónsul americano.[8] La primera lleva fecha del 29 de agosto de 1829, y las otras dos, del día anterior.

ALCANCE AL Nº 44 DE *LA ABEJA*

Nueva-Orleans, 16 de Noviembre de 1829

Señores editores de la ABEJA:

En el periódico de Vdes. y otros de esta ciudad, al hablar de la división española que desembarcó en las playas de Tampico, entre las muchas inexactitudes que se han repetido acerca de sus operaciones militares y la conducta política que ha observado, se dice: *Que el comandante general D. Isidro Barradas tomó del ciudadano americano Mr. Harrison diez mil pesos; Que el general español maltrató a los naturales y extranjeros; Que la casa del ciudadano Quintana fue saqueada; y finalmente, que si no se hubiese aparecido la corbeta americana Hornet, hubieran sido víctimas todos los extranjeros*. Estos son los cargos o las calumnias con que se pretende mancillar el honroso comportamiento que han tenido la división española y el general que la mandaba. El honor de la división exige que se contesten a todas estas diatribas, y de esto es precisamente de lo que se va a ocupar el que suscribe, como instruido en los pormenores que han ocurrido en Tampico durante su ocupación por la división española, y para la debida claridad contestará punto por punto.

Es cierto que el cónsul americano hizo una reclamación de diez mil pesos por los perjuicios que suponía habían sufrido él y Mr. Harrison, en la acción del 20 al 21 de agosto; pero esta reclamación no se hizo al general Barradas, a la división que manda, ni a ningún español, porque estos durante la acción no ocuparon

[8] Ortiz-Armengol (369) indica que no se dan estos datos en *Mis memorias íntimas*.

su casa y por consiguiente mal pudieron tomar ni causar daño ninguno. Esta reclamación que hizo el cónsul americano al gobierno Megicano, se ha confundido con otro incidente que ocurrió a los pocos días. El alcalde Quintana, al ausentarse de Tampico, dejó enterrados en su casa dos mil setecientos pesos; sabedor Mr. Harrison, los desenterró y llevó a su casa. Se denunció el hecho y el intendente español reclamó la cantidad, que al principio negó su extracción, pero habiendo confesada (sic) al fin, se le obligó a que los depositase en la tesorería de la división sin perjuicio de sus derechos: Mr. Harrison acreditó a los pocos días con su libro de caja, que Quintana le era deudor de mayor suma que la depositada y en su consecuencia se le devolvieron los dos mil setecientos pesos. Esta es la verdad y esto es lo que resulta de documentos fehacientes.

Dicho general, lejos de haber maltratado a los naturales y extranjeros, los miró con la mayor consideración y urbanidad. Siendo Tampico un pueblo reducido y estando reconcentrada en aquel punto la mayor parte de la división y en medio de las mayores estrecheces, tuvo el general el miramiento y la generosidad de no permitir se alojase en las casas extranjeras ningún individuo de dicha expedición. Las certificaciones que entregaron espontáneamente al general Barradas los cónsules extranjeros al salir de Tampico, y cuyas copias se acompañan para su inserción, contestan victoriosamente a los que pretenden denigrar con sus falsedades la buena conducta de la división española.

El alcalde Quintana, al ausentarse de Tampico para Panuco, llevó consigo todos sus baúles de ropa, dejando únicamente en su casa los muebles. Al llegar el que suscribe a Tampico en compañía de la división, fue rogado por Mr. Harrison para que se alojase en la casa de Quintana, pero no pudo aceptarlo porque le cogía algo distante del alojamiento del general. La casa permaneció cerrada unos doce días, hasta que, rogado e importunado de nuevo por el mismo Harrison, pasó a ocuparla y la cuidó con el mismo esmero que si hubiese sido propia, hasta que regresó su dueño a Tampico y le hizo formal entrega; agradecido el alcalde Quintana, le dio al que suscribe las más expresivas gracias. Esto motivó el que desde aquel instante fuese el mayor apologista de la división. En el mismo sentido se han producido todos los habitantes de Tampico de Tamaulipas, Pueblo Viejo, Tampico el alto y los Generales, Gefes y oficialidad de las tropas mejicanas, porque la división española respetó como sagradas las propiedades, y cuanto consumió para su subsistencia lo pagó en moneda contante.

El pasage siguiente dará una idea del grado de moralidad y buena disciplina que reinaba en la división española. Al llegar ésta

a Tampico el alto, se necesitó abrir una casa para colocar los heridos de la acción de los Corchos, y el sargento encargado de la operación dio parte de haberse encontrado en el cajón de una mesa dos docenas de cubiertos de plata y dos relojes; el general mandó recojer las prendas y que se depositasen en poder del cura párroco, para que éste las entregase a su legítimo dueño, luego que regresase a la casa.

Antes y después de la llegada de la Hornet a la barra de Tampico, experimentaron los extranjeros las debidas consideraciones de parte del general y de la división española, según se ha manifestado y acreditan las certificaciones de los cónsules. Después de la acción del 20 al 21 de agosto, determinaron los comerciantes extranjeros trasladarse a Panuco con sus efectos y riquezas; el general les facilitó los pasaportes, los botes y canoas para embarcar las mercancías, y soldados para conducirlas a la playa.

Al ausentarse los extranjeros de Tampico, no dejaron en sus casas y almacenes más que algunos muebles, aguardiente, fierro y otros abarrotes, que los encontraron a su regreso, porque todo se custodió y se impidió el robo.

Los caudales de la conducta de Mégico que se embarcaron en Tampico para Europa y el Norte de América, en lugar del tres por ciento que pagaban de derecho de estracción, sólo devengaron el dos por ciento, por disposición del general Barradas.

Concluiré este artículo dando una ligera pincelada acerca de las operaciones militares de la división. Desde que ésta desembarcó en las playas de la Punta de Jerez el 27 de julio, tuvo cinco combates, en los cuales sostuvo con gloria el honor de las armas españolas, sin más pérdida que la de 76 muertos y 202 heridos en la forma siguiente:

	Muertos	*Heridos*
1.º de Agosto. Combate del campo de los Corchos	17	70
6 de id. Paso de la barra de Tampico	00	00
17 de id. De la Laguna de la Puerta	1	5
20 al 21 de id. De Tampico de Tamaulipas	8	37
10 al 11 de Septiembre. Del fortín de la barra de Tampico	50	90
Total	76	202

Después del cuarto combate, o desde el 21 al 27 de Agosto, enfermaron 700 soldados, y a principios de setiembre, había postrados en los hospitales 1.200 hombres. Faltaron las medicinas, y los facultativos y los dos boticarios cayeron enfermos. La división se puso a la defensiva, porque no podía contar con más fuerza disponible que la de 600 hombres rendidos de fatiga, para defender el fortín de la Barra y las trincheras de Tampico de Tamaulipas. No había víveres más que para tres días, y para colmo de desgracias sobrevino el horroroso huracán del 9 y 10 de setiembre, que no conocieron igual los naturales del país; arrancó de cuajo los árboles de todos los montes inmediatos; arruinó parte de las casas y todas las cercas y corrales; anegó los caminos y los esteros; sepultó las trincheras y las piezas que estaban en batería, e inutilizó las lanchas cañoneras con las crecientes y embates del río.

Este era el horroroso cuadro que presentaba Tampico de Tamaulipas en los días 9 y 10 de setiembre, sin que la división pudiese sobreponerse a las tres mayores calamidades que pueden experimentar los hombres: la peste, los rigores de los elementos y el hambre.

En este estado, y agotados todos los recursos humanos, se resolvió a proponer la capitulación al general Santa Anna, que se hallaba en Pueblo Viejo, es decir, al otro lado del río, con sus baterías enteramente destruidas y anegadas por el mismo huracán. Los que capitularon no eran ya los soldados robustos que desembarcaron en las playas megicanas, eran unos espectros.

Nueva Orleans, 27 de octubre de 1829.
El secretario político de la división.
Eugenio de Aviraneta.

Consulado Británico.—Tampico de Tamaulipas.—Las imperiosas circunstancias del día me obliga retirar de esta ciudad, y hoy mismo embarco en el paquete de S. M. Británica para Veracruz: al despedirme de V.E. considero como uno de los deberes más gustosos, expresar de parte de los súbditos de la Gran Bretaña, nuestra gratitud y reconocimientos de la más perfecta orden y protección, tanto en nuestras personas y propiedades, que por las excelentes medidas y la disciplina exacta de la tropa de su mando hemos experimentado, de tal manera, que no se me ha ocurrido un solo caso de la más mínima falta de consideración. Al verme obligado (por los motivos que en lo verbal he tenido el honor de exponer a V.E.) dejar nuestras propiedades al cuidado de V.E. y al ejército real; descanso en la certeza de que aunque

abandonados, siempre ocuparán la especial protección de V.E., y quedarán intactos hasta que las circunstancias nos permitan a reocuparlos y al restituir nuestro libre comercio.

Ahora creo que sólo me resta decir, que igual protección han gozado todos los estranjeros, a quienes por disposición de V.E. se han permitido o quedarse o retirarse al interior o afuera con sus intereses y familias. Con mucho sentimiento me separo de V. E. ofreciendo las espresiones de la más alta consideración y respeto = Tampico, 29 de Agosto de 1829 = *José T. Crawford* = Vice-cónsul.

Agencia consular de Francia en Tampico: —El agente consular de Francia, obligado por las circunstancias de la guerra a abandonar sus funciones y residencia, y satisfecho de que ningún súbdito de S. M. Cristianísima ha sufrido agravio alguno de las tropas al mando del Sr. brigadier D. Isidro Barradas, da el presente certificado para el uso conveniente = Tampico, Agosto 28 de 1829 = *M.M. Chabert.*

Consulado Americano: —Tampico 28 de Agosto de 1829. Certifico: Que las tropas del ejército real de vanguardia, que manda el brigadier D. Isidro Barradas, han tenido la mayor disciplina, pues no hay un ciudadano americano que lo hayan maltratado, ni a su persona ni intereses, de lo que le doy las gracias a dicho Sr. brigadier = *G. Pruger*, vice-cónsul = Al Sr. D. Isidro Barradas, general de la vanguardia real.

Aviraneta dice de Barradas sólo lo necesario para defender su comportamiento como jefe de la expedición. Al contrario de lo que escribe en *Mis memorias íntimas*, no trata mucho de sí mismo, limitándose a la parte que tuvo en la ocupación de la casa de Quintana. Su explicación de la salida de los comerciantes parece verosímil: si la ciudad estaba ocupada por los invasores, mal podían irse los habitantes llevando todo su ajuar si no lo permitía el ejército de ocupación. Tienen que ser auténticas las cartas de los cónsules. De ser falsas, los autores podían impugnar su aserto. Lo más interesante es quizás la parte que se refiere a los combates. Nunca da el número de invasores, pero tenía motivos para saber con exactitud el de muertos y heridos. Aunque parecen pocos (76 muertos y 202 heridos) y con seguridad las cifras serían más elevadas, él dice que entre el 21 y 27 de agosto enfermaron 700. Unos días más tarde, había

1.200 en los hospitales. Esta última cifra coincide con la que da *The Bee* del 10 de octubre, si bien el número de heridos es doble de lo que dice Aviraneta. De todos modos, su descripción del temporal coincide con los informes dados por periódicos y barcos. También, como hemos visto, el hecho de que el mayor número de víctimas lo produjeron la fiebre amarilla y la disentería, principalmente desde que comenzó el temporal.[9] Eran las consecuencias naturales de lanzarse a una empresa de esta envergadura sin víveres, médicos ni medicinas suficientes. La referencia que hace Aviraneta de los hechos, es el mejor testimonio de la falta absoluta de cálculo y preparación en una aventura donde se arriesgaban muchas vidas humanas para satisfacer la ambición y vanagloria de comerciantes, clérigos y militares.

Al día siguiente del alcance de Aviraneta en *La Abeja*, apareció en el mismo periódico una carta de «El amante de la verdad», en la que manifestaba que lo expuesto por el secretario de Barradas era insignificante y no satisfacía todos los cargos, como probaría tan pronto le permitieran sus ocupaciones. No niega lo dicho por Aviraneta, ni la veracidad de las cartas de los cónsules extranjeros, que no menciona, ni tampoco, claro, la tempestad, opina sólo que no le parece suficiente. *L'Abeille* publicó el 21 de noviembre una carta, mandada desde Tampico, relatando lo ya sabido sobre el comportamiento de los invasores (posiblemente se trataba del mismo autor) y cómo habían destruido los muebles de las casas. El mismo día, *La Abeja* —también *The Bee*— ofrecía a sus lectores el texto de la carta de Barradas a Guerrero (ya publicada en *L'Abeille* del 20), fechada en Tampico el 18 de septiembre de 1829, en la que informaba al presidente mejicano de su viaje a Nueva Orleans, donde sería más fácil encontrar transporte para que regresaran sus tropas a La Habana. Dejaba provisiones para un mes y, si no regresaba en ese tiempo, suplicaba socorrieran a los soldados invasores, de lo que serían reembolsados por las autoridades de la isla de

[9] *La Abeja* del 28 de octubre dice que la guarnición del fuerte era ya muy escasa y que el coronel que la mandaba, Vázquez, estaba gravemente herido.

Cuba. El periódico incluía también noticias de La Habana, indicando el odio del partido realista hacia Barradas y la alegría que su fracaso había producido a Laborde, Vives y Pinillos. El 24 y 25, cartas interceptadas de Cuba brindaban por la salud de Aviraneta y le animaban a que escribiera y distribuyera boletines por toda la federación.

La Abeja del 23 de enero de 1830 publica una noticia tomada del *Charleston Courier*, con la nueva de que el general Barradas había llegado a Nueva York desde Nueva Orleans y se disponía a salir para El Havre el 1.º de febrero. El día 27, incluye el mismo periódico esta «Noticia importante», que toma de otro de Nueva York:

> Ha llegado a esta ciudad el segundo Hernán Cortés y Héroe impertérrito de Cabo rojo. Dícese por estas tierras de herejotes que su merced viene algo mohino, pero nosotros, que no somos muy anchos de tragaderas, aseguramos sobre nuestra palabra que viene contento como unas pascuas, y si no, ¿a qué cuento venía que se hubiera su merced cambiado el nombre en el de D. Plácido Babiecas (viaja su alteza de incógnito), y no en el del Caballero de la triste figura? Sigue su viaje para Francia: qué lástima que no fuera para Loja la de Granada y que diera un brinquito desde lo alto de la ciudad para refrescar un poco en las aguas del Genil; pero no quiere aportar por aquellos andurriales porque teme que le dé garrotillo. Sentimos haya venido tan callandito que no le hayamos podido dar los aguinaldos, y ya que no sea otra cosa, le hemos de enviar las pascuas de reyes, que al fin son las que se le dan a los personajes de la caballería andante, en el siguiente ....«Poema épico en miniatura»:
>
> Canto las armas y el varón guerrero,
> que ante los muros de la gran Tampico
> asomara el hocico;
> pero no canto días.... porque no quiero.[10]
>
> PERO LEON

[10] Lo que dice Pero León al comienzo de su comunicado sobre que Barradas estaba contento, puede que tenga doble intención y sea más que una burla. Parece que el general se llevó los fondos asignados a la operación de conquista. *La Abeja* del 13 de noviembre de 1829 publica la carta de «Un Español» a un «Sr. Americano», que dice: «¡Buena contestación! ¡Me gusta! Pero hay no sé qué títere ... vamos al caso: El Sr. Barradas lo

The Bee del 14 de junio de 1830 y *La Abeja* del 15 publican una última noticia sobre Barradas: se había decretado su arresto porque, en un memorial al gobierno español, había acusado a Vives y a Laborde de no mandarle a Tampico los refuerzos prometidos para la conquista de Méjico. Era el premio de su fidelidad a Fernando VII. Terminaba así una calaverada grotesca que había costado muchas vidas. Con huracán o sin él, el resultado hubiera sido el mismo. Los mejicanos, sin estar preparados, defendieron su país y, con todos sus problemas internos, habían reunido un numeroso ejército que marchaba sobre Tampico. Como prometiera a Vives «Un mejicano que conoce personalmente a V.E.», en *La Abeja* del 1.º de octubre, los conquistadores no dominaron más que el terreno donde pusieron sus pies, y por poco tiempo. Claro que, si hubiera conquistado Méjico con su pequeño ejército, el general habría pasado a la historia como el genio del militarismo moderno. Pero, como Barradas tuvo oportunidad de aprender para su desgracia, las victorias militares no se logran con la fantasía, sino con la realidad sangrienta de los campos de batalla.

GREGORIO C. MARTÍN
Duquesne University

---

entiende, lo confieso; pero eso de los *pesos* ... la verdad ... la verdad ... diga V. claramente si debía o no gastarlos aquí, porque yo puede que nunca dijera que un hombre era *acreedor a nuestra gratitud y consideración porque dejó los duros entre nosotros*. Tome V. chocolate si gusta, y si no, dejarlo».

TRABAJOS CITADOS

Delgado, Jaime. *España y México en el siglo XIX.* I. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1950-53. 3 v.

Heredia, Eduardo A. *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica 1810-1818.* Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1974.

Ortiz-Armengol, Pedro. *Aviraneta o la intriga.* Madrid: Espasa Calpe, 1994.

Rivadulla, Daniel, Jesús Raúl Navarro y María Teresa Berruezo. *El exilio español en América en el siglo XIX.* Madrid: Editorial Mapfre, 1992.